

ALFONSO REYES

No es fácil tarea explicar en qué consiste la singularidad de Alfonso Reyes. Suele decirse que era un clásico, aunque en un sentido de humanista moderno. Pero la facilidad en la definición tiene sus riesgos, pues suele ofrecernos una imagen demasiado simple de lo que se quiere definir. Puede darnos una buena silueta, pero no un buen cuadro. Este es el caso de Alfonso Reyes. En el paisaje cultural de nuestra América, fue una voz inconfundible, muy americana pero al mismo tiempo universal. Su raíz americana, siendo tan profunda, alimentó un espíritu, una inteligencia creadora que quiso y supo fructificar con ambiciosa extensión ilimitada, con una altura y amplitud de renacentista. De aquí su personalidad y su estilo. Desde América gustó y vivió la cultura del mundo; abeja que libaba en todos los terrenos florecidos, pero que creaba su propia personalísima miel. Y a través de su prosa advierte el lector el deleite de la creación literaria y el rigor de una disciplina que es dique de contención a los posibles desbordes de todo deleite. En este sentido le cuadra el calificativo de clásico. Cultivó el gusto del poeta y la disciplina del filósofo este mexicano que, de entrada no más, supo como pocos “torearle el cuello” al cisne de la retórica, del barroquismo selvático, de la exuberancia metafórica. Su estilo es su imagen de artista: sobriedad, carne y nervios; escritor de sustantivos y verbos; frase densa y de tanto en tanto, muy pudorosamente, la galanura de una imagen florecida, al punto contrastada con la presen-

cia de una ironía saludable. Y los temas de sus meditaciones denunciaban tanto su insaciable curiosidad intelectual cuanto la sabiduría nacida de su información múltiple. Con pareja maestría supo dialogar con la historia de su tierra natal como con la historia de Grecia, y lo mismo nos daba la biografía de un héroe indígena como la de Goethe. Se paseaba por el ancho mundo de la cultura como por su propia casa, sin perder el rumbo, pisando con firmeza los caminos amplios y los senderos angostos; navegaba con su alto velamen por los mares del universo y por los ríos del terruño. No fue tan sólo navegante estático como muchos imaginativos que no salieron de su país; un poco por menesteres oficiales y un mucho por vocación andariega irrefrenable, elaboró su obra bajo los cielos más diversos, en contacto con los hombres de todas las latitudes. Así tuvo una visión concreta de su tiempo; así pudo ser muy antiguo y muy moderno. Su imagen del pasado no carece de actualidad por lo mismo que es imagen viva, recreada, luz de modernidad proyectada sobre el misterio de las sombras remotas. Por lo mismo que el pasado está en nosotros, nosotros estamos también paradójicamente en el pasado, en un flujo y reflujo del acontecer.

La obra completa de Alfonso Reyes cuya paciente reedición él vigilaba quizás con amorosa nostalgia, sin verla concluida, dice con admirable elocuencia de una labor sostenida, constante, sin pausa; testimonio de un fervor, una apasionada y apasionante lealtad a las letras y a la vida. Diríase que más que vivir para escribir, escribió para vivir. Su existencia fue trabajo permanente, creación hermosa y reflexiva, en verso y en prosa. Tanta calidad contenía su obra, tan alta inspiración la alentaba, que no necesitó la madurez del tiempo ni el silencio reverente de la muerte para recoger cual cosecha póstuma el unánime consenso sobre sus méritos. Ya era, en la República de las Letras, figura prócer y ya constituía una tradición. El futuro dirá, sin duda, su fallo definitivo certificando la opinión de sus contemporáneos que no le regateaban el hermoso título de maestro.



ALFONSO REYES

Con la muerte de Alfonso Reyes ⁽¹⁾ pierde América a un hijo excepcional cuya presencia llenaba con resonante amplitud un ancho dominio espiritual que ahora queda vacío. Pero no en vano, es de esperarlo, el sembrador abrió surcos y arrojó semillas durante tan prolongada faena.

L. D. F.

(1) Falleció el 27 de diciembre de 1959, a las 7,45 en su residencia de la ciudad de México.